EL RECUERDO

Vincent McHardy



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

La señorita Brock tiró enérgicamente del cajón de su mesa. En su interior se apilaban los tesoros confiscados entre los alumnos de la clase 402. Gomas de mascar. Pistolas de agua vacías. Cómics. No era nada fácil enseñar a 32 estudiantes, pensó la señorita Brock. Era difícil que pasase un día sin que el apetito del cajón de su mesa fuese saciado con algún nuevo juguete.

-William, trae eso aquí inmediatamente.

Will se enderezó en su silla. Cogido en falta, se quedó silencioso, esperando que ella no hubiese visto lo que él sabía que sí había sido captado por su mirada acechante.

-William, he dicho ahora.

«¿Por qué ahora? -pensó Will mientras se acercaba a la mesa-. ¿Por qué, como siempre, todo tiene que ser ahora?»

-Venga, abre la mano. Veamos lo que escondes.

Conteniendo las lágrimas, Will mostró su mano abierta. Biffle, el payaso en forma de laberinto, mostró sus ojos ciegos y huecos. Su boca abierta trataba de captar las bolitas que iban de un lado a otro en el fondo del estuche.

-Vaya, un laberinto. Te buscas problemas por una baratija como ésta...

-Señorita Brock... -dijo.

-No creo que valga la pena castigarte. Pero no puedo hacer una excepción, ni siquiera con un alumno favorito. Te quedas castigado hasta las cuatro. Siéntate.

Mientras regresaba a su sitio, Will pudo oír el gemido sollozante de Biffle desde el interior de la mesa de la maestra. Había quedado semicubierto por los tebeos de Tommy Huspens sobre monstruos del cine. No tenía ninguna oportunidad allí encerrado. Dentro, en la oscuridad. Ellos podrían...

-William, deja de sollozar -dijo la señorita Brock-. Ya conoces las normas. No estáis aquí para jugar, sino para aprender. Todos los juguetes van al cajón. -Luego añadió-: Ahora, chicos, sacad vuestros libros de geografía.

Will no se enteró de lo que la profesora había dicho; estaba preocupado a causa de las serpientes que se estaban acercando a su pupitre. Habían empezado a aparecer en el momento en que ella encerró a Biffle. Se habían colado por la ventana en grupo compacto, atraídas por el olor de su miedo. Solo, lejos de la protección de Biffle, tenía que actuar con diligencia.

Temblando, Will extrajo del bolsillo trasero de su pantalón cuatro plumas de paloma y cuatro de estornino. Sin apartar la vista de la maestra, las dejó en el suelo, suavemente, colocándolas alrededor de su silla. Una vez a salvo del peligro que culebreaba por el suelo, se enderezó. Las serpientes trazaban círculos alrededor del pupitre. Contenidas por el momento, buscaban un resquicio para avanzar.

La señorita Brock permaneció de cara a la pizarra, dando a Will la oportunidad de formular un último conjuro. Sacó del bolsillo de su camisa la piel seca de una serpiente. Desmenuzándola hasta convertirla en un fino polvo, la esparció por encima del pupitre. Humedeciéndose los dedos, escribió ocho veces la palabra FUERA. Luego, hizo una pelotita con los residuos. Las serpientes dejaron de moverse acechando. Sus lenguas colgaban lánguidas. Will se volvió hacia la ventana y lanzó afuera la pelotita.

Estaba a salvo, pero ¿por cuánto tiempo? ¿Qué podía pasarle sin la protección de Biffie? Él debía regresar. Era su única oportunidad. Biffle ya le

había demostrado su magia, desde la primera vez que apareció en la vida de Will.

Éste tenía cuatro años, y había ido a la ciudad a realizar las compras navideñas con su hermano mayor. La luz del semáforo estaba en ámbar, y John gritó: «Corre, lo conseguiremos». Fue entonces cuando Will vio a Biffle sentado sobre un banco lleno de nieve. Él se paró y Biffie sonrió. John cruzó y lo atropellaron. Biffie había salvado a Will y condenado a su hermano.

Su amistad había sido sellada con sangre. Nacida entre la sangre, debía concluir con sangre.

¿Por qué había permitido que ella viese a Biffle? Falta de precaución era todo lo que se le ocurría. Ella siempre se había portado muy bien con él. Nunca le regañaba. Jamás le pegó, como hacían sus padres. Se había sentido seguro en la escuela, y había bajado la guardia.

Tantos años de rapiña la habían vuelto avariciosa. No tenía suficiente con las chucherías de los otros. Buscaba con avidez algo grande como postre. Lo había olido. Lo había cogido, masticado y tragado. Biffle pudriéndose en la oscuridad… Ella no estaría dispuesta a devolvérselo por las buenas, y él no tema fuerza para obligarla. Podía intentar hacer un trato con ella, pero no poseía nada factible para realizar un intercambio. ¿Qué hacer? Estaba perdido. Había gastado todos sus recursos en mantener alejadas a las serpientes; ellas no se habrían atrevido a sacar las cabezas si Biffle hubiese permanecido con él. Solo, era débil, una hoja seca sacudida por la brisa más suave.

Desde su solitario observatorio, contempló a la señorita Brock desplegando su magia. Su poder como bruja era incomprensible. Nunca la había visto usando conjuros, marcas o movimientos con las manos. Pero sabía en cada momento lo que estaba haciendo cada uno de ellos. Estando de espaldas, cogía en falta a los truhanes y los castigaba con fría determinación. Nadie cuestionaba su autoridad.

Will observó como una gota de sudor se le formaba a la maestra en la barbilla, resbalaba y se le deslizaba por el cuello hasta perderse en las profundidades del vestido.

La campana del recreo rescató a los alumnos de los misterios de la geografía. Al igual que las cuentas de un collar roto, se desparramaron por el ardiente asfalto del patio. Los juegos y charlas acapararon la actividad de los chicos. Se formaron grupos. Algunos continuaban los debates interrumpidos el día anterior. La actividad se adueñó de todos y cada uno de los muchachos, excepto de Will. Observando y a la espera, se sentó a la sombra, apoyándose en el muro de ladrillos opuesto al edificio del vigilante.

Podía llegar en cualquier instante, desde cualquier punto. Pero él estaba preparado. Sin la protección de Biffle no se atrevía a darles alguna oportunidad jugando como los otros muchachos. Su método de defensa era burdo; una última solución a la desesperada. Se sentó dentro de un círculo trazado con tiza, media circunferencia sobre el suelo y la otra media sobre la pared. Marcó los cuatro puntos cardinales con las siglas B-I-F-F. Entre sus piernas abiertas dibujó a Biffle. Puso color en sus tristes ojos vacíos, y le cerró la boca abierta por el miedo. Norte, sur, este y oeste alrededor del dibujo: depositó cuatro canicas transparentes. Por el momento, era todo lo que podía hacer.

Un nubarrón tapó el sol, y la temperatura descendió. Hojas de yerba seca corrieron por el patio, confundiéndose con el alquitrán. Will se apercibió del cambio y cerró las piernas. Henry Kenner y su banda dieron la vuelta a la esquina y lo vieron. Will conocía a Henry, quien se había proclamado a sí mismo cabecilla del recreo, y sabía que iba a tratar de sacar partido de esa oportunidad.

-Vaya, vaya, mira a quién tenemos aquí -dijo Henry cuando se hubo aproximado-. Pero si es el favorito de la profesora... ¿Qué te pasa? Pareces enfermo. Deberías visitar al veterinario.

-Oye, éste puede servir -dijo Fred Bollo, el compinche de Henry-. ¿Por qué no le muestras a él la fotografía? Quizá le levante la moral.

-Acabas de leerme los pensamientos, Fred. Toma, favorito, échale un vistazo a tu señorita.

Henry se sacó del bolsillo de la chaqueta una fotografía arrugada y con un gesto lleno de arrogancia se la plantó a Will delante de los ojos.

Will intentó mantenerlos cerrados, pero le fue imposible. Justo en el momento en que lo intentó, supo que el círculo había sido violado. La intriga del mal había derrumbado su única defensa. La húmeda mano de Henry sostenía un retrato de la señorita Brock desnuda, abierta como un pez destripado. La fotografía era una burda falsificación; la cabeza la habían recortado de un panfleto de la Asociación de Padres y Maestros, y el cuerpo de una revista para hombres. Sin embargo, el efecto sobre Will fue auténtico.

Will trató de apoderarse de la fotografía, incorporándose enérgicamente.

-¿Cómo os habéis atrevido, ignorantes? ¿Cómo osáis intentar arrebatarle el alma? ¡Dadme eso!

Pero, anticipándose a sus movimientos, Henry le dio un empujón y lo aprisionó contra la pared. Sus secuaces se adelantaron y sujetaron a Will, cogiéndolo por los brazos.

-Eh, tú, no te lo tomes así. Te estoy haciendo un favor. Estás aquí para ser educado, ¿no? Bien, ellos no te van a enseñar este tipo de cosas. Te estoy mostrando lo que ellos no quieren que sepas, ¿entiendes? Estás en deuda conmigo.

Henry alzó la arrugada fotografía y la pasó ante los rostros de su pandilla.

-Os digo que el favorito va a empezar a comprender quién manda aquí.

Risas de burla brotaron del corrillo.

Fred fue el primero en dejar de reír, apercibiéndose de lo que había en el lugar donde Will había estado sentado.

-Will, mira esto. Alguien ha perdido sus canicas -dijo.

-Aja -rugió Henry-. Es una lástima lo poco que se preocupa la gente de sus pertenencias. Las dejan por ahí tiradas, haciendo que se extravíen. Bueno, deben aprender por el camino difícil.

De un violento puntapié, las mandó lejos de sus disposiciones alrededor de la órbita.

-¡Pandilla! -gritó, abriéndose paso.

El grupo se alejó remoloneando; dudaban si debían darle a Will un toque definitivo.

Relajándose, Will se dejó caer y empezó a llorar. A través de sus irritados ojos pudo ver el rostro de Biffle pateado. Indagando en lo hondo de sus bolsillos, Will extrajo dos monedas de plata. Se las colocó bajo la lengua, y se

concentró en sus lágrimas. Pestañeando, provocó que dos gruesos lagrimones se deslizasen por sus mejillas. Cayeron sobre el rostro de Biffle, y éste pudo ver. Tocándose la cara con un dedo, Will trasladó otra lágrima, y Biffle pudo hablar.

-Por ahora estamos a salvo. Esperemos y veamos. Tenemos tiempo -dijo.

Las clases de la tarde se convirtieron en una pesadilla. Will esperaba que Henry fuese descubierto, su imagen vudú destruida, su maldición exterminada. Pero la señorita Brock ignoró tal posibilidad. El poder de Henry había acabado con la clarividencia interior de la maestra. El silencio se hizo en el aula, y empezó la lección. Pronto se haría evidente que la señorita Brock estaba en peligro.

La primera evidencia no tardó en acontecer. A los diez minutos de empezada la clase, el trozo de tiza que ella estaba usando se partió en dos. Los trozos que quedaron eran demasiado pequeños para escribir con comodidad. Cuando se aproximaba a un armario próximo a su mesa en busca de otra barra, patinó, se rompió el tacón del zapato y se dio un fuerte golpe en la espalda. Pasó el resto de la jornada con constantes dolores.

Desde su posición, dos hileras más atrás, Will podía ver como Henry estaba contemplando el retrato de ella. La señorita Brock estaba perdida; confundida, iba de un desastre a otro. Ella debería tomar precauciones, formar una defensa, lanzar un conjuro, incluso podía usar los tesoros que guardaba en su mesa. Ni lo intentó. Se sentó y quedó prendida del mágico magnetismo que la sonrisa de Henry tema.

El ataque final se produjo a las tres menos diez. La señorita Brock se acercó al armario en busca de un mapa. Pasaron unos instantes y luego ella lanzó un grito. Todos los ojos confluyeron sobre ella, que apareció totalmente cubierta de pintura. Azul, rojo y amarillo, los colores le goteaban por el lado izquierdo de su cara, y se esparcían sobre su frente. El estante que soportaba los potes de pintura se había caído de sus soportes cuando ella intentó tirar del mapa.

Henry la tenía en la palma de la mano, pensó Will. Podía cerrar el puño y estrujarla cuando él quisiese. Pero decidió aguardar y seguir jugando por un rato. La muerte sería lenta y dolorosa.

No había nada que hacer. La señorita Brock dio por finalizada la clase antes de la hora, y le dijo a Will que viniese una hora antes el día siguiente, para cumplir con su castigo. Nunca antes había hecho esto. Su sentido del orden se había debilitado. Estaba perdida. Y no tenía nadie en quien confiar.

Will se acordó de un roedor que había matado a tiros tiempo atrás. El animal se quedó sentado tras recibir los tres impactos. Vomitaba sangre. Tenía la muerte encima. Y enfrentándose al hecho de ser contemplado por la mirada llena de satisfacción de Will y morir humillado ante él, el roedor usó sus últimas energías para deslizarse debajo de unas piedras. Allí murió, comprimido entre la fría tierra, solo.

La señorita Brock se iba a ir a su casa a morir. La gracia y la belleza de sus enseñanzas se acabarían para siempre. El recuerdo de una gloria pasada, el aula, una tumba era un lugar demasiado cruel para su memoria. La muerte era una comunión privada. Y podía acontecerle esa noche, en su casa, a solas.

-Bien patanes. Fútbol -gritó Henry, abriéndose paso entre los muchachos.

La mayoría de ellos fue detrás de su líder hasta el campo. Will fue el último en salir. Luego se quedó mirando cómo empezaba el partido.

-Mejor. Estará ocupado durante el encuentro. Me está otorgando el tiempo suficiente -masculló Will.

Will cruzó el campo pensando en su historia favorita. En las horas de lectura siempre se entretenía con la historia de David y Goliat. Le maravillaba cómo David había vencido al gigante. En contra de todas las previsiones, intentó lo imposible y lo consiguió. Will lo intentaría también.

El campo finalizaba en una torrentera que lo separaba de unos sembrados. Will escogió una piedra del tamaño de su mano, y se escondió en la torrentera a la espera de Henry. Éste nunca dejaba de coger ese atajo para ir a su casa. De repente, empezó a llover. Will se escondió más todavía. El partido sería interrumpido. Sobre la cresta de la ladera apareció la cabeza de Henry. Medio deslizándose, medio tropezando, alcanzó el fondo. Empezó a trepar por la pendiente opuesta, y estaba a medio camino cuando Will, saltando de su escondite, le lanzó la piedra. Henry cayó de espaldas. Sus ojos quedaron en blanco, vidriosos.

-Te han abandonado tus ejércitos. Goliat. Han salido corriendo. Y yo me voy a asegurar de que nunca más te levantes. Will abrió su cuchillo de monte y empezó su trabajo.

La señorita había pensado llamar al día siguiente por la mañana, excusando su presencia por el resfriado que había cogido la tarde anterior. Aquel maldito coche se negó a que le cerrasen la ventanilla, que permaneció abierta durante todo el largo trayecto desde la escuela hasta su casa. Cuarenta kilómetros bajo la lluvia y con el frío viento entrando con toda libertad en el coche. Honestamente, el día anterior había sido el peor de toda su carrera como profesora. Había estado a punto de tirar la toalla. Pero la devoción y su optimismo la hicieron reconsiderar sus ideas. Si un caballo te tira, vuelve a montarlo de inmediato, si no tendrás miedo el resto de tu vida, solía decir. Hoy todo iría mejor.

Al entrar en el aula a las ocho menos cuarto se alegró de ver que Will ya estaba allí, sentado en su pupitre, y a la espera de su castigo.

-William, ¿por qué has venido un cuarto de hora antes?

-Ya lo sé, pero estoy aquí desde mucho antes -le contestó Will, enderezándose sobre su silla.

-¿De verdad? ¿Es eso cierto? ¿Qué razones tienes? La mayoría de muchachos odian el venir y no pueden aguardar al momento de salir. ¿Qué hace que tú seas diferente?

-Quería arreglar todo lo que ocurrió ayer, todas aquellas cosas terribles.

La señorita Brock sonrió burlonamente mientras ascendía el escalón de la tarima. Sí, esa era la razón por la que no había tomado la baja.

-Oh, venga, William. Tampoco fui tan dura contigo. No quise serlo. Era la primera vez que tenías un patinazo. Todos nos equivocamos alguna vez, y tarde o temprano siempre pagamos por nuestros errores. No quería imponerte ningún castigo. Pero tengo que dar ejemplo ante los otros muchachos. Si paso por alto tus faltas, ¡Dios sabe qué acabarían haciendo los otros!

-Yo…

-¿Qué fue eso?

-¿Qué fue qué, señorita Brock?

-He oído un zumbido. Igual que... William, ¿qué fue eso?

Will bajó la vista hacia Biffle y lo sacudió un poco más.

-Oh, es tan sólo un amigo. La hemos estado esperando.

Sonrojándose de ira, tomó a Biffle. Will se quedó sentado.

-Pero si es igual que el de ayer. Has tenido la desvergüenza de traer otro juguete estando castigado.

La señorita Brock pateó el suelo con sus tacones. Luego, arrepentida de su debilidad, tomó a la mesa haciendo sonar fuertemente sus pasos.

-De acuerdo, William, te voy a dar la oportunidad de mostrarme cuántos juguetes más tienes guardados. Te has ganado dos semanas de castigo.

-Está equivocada, señorita Brock -dijo Will levantándose-; sólo tengo un Biffle. No existen más.

-¿Biffle? ¿Quién es Biffle? Te estoy hablando de ese pasatiempo. Yo...

A mitad de la frase se dio cuenta de que el cajón de su mesa había sido forzado. La cerradura estaba rota, y trozos de astillas rasgadas emergían del borde de la mesa.

-Pequeño vándalo. Lo has roto tú. Me has estado robando en el cajón.

Levantando su puño, lanzó con fuerza a Biffle por encima del pupitre de Will, hasta que cayó al suelo despachurrándose. El zumbido finalizó. Las bolitas se habían introducido en los agujeros de los ojos.

-Sucio ladrón. ¿Qué más has cogido?

Abrió el cajón con un tirón violento, y miró en él. Había cinco objetos. El retrato estaba en el centro. Emplazados a su alrededor se hallaban dos ojos, una lengua y una mano derecha.

Will la miró compasivo, tratando de hablar por encima de los alaridos de la señorita Brock.

-Sabía que la estaban martirizando. Tenía que intentarlo. No quería que muriese. Y estoy contento de haberlo cazado a tiempo. Tuve suerte de que no me viese; era demasiado fuerte. Pero no se dio cuenta de que yo, un niño pequeño, lo estaba aguardando, hasta que fue demasiado tarde para él.

»No se vaya. Ya no tiene nada que temer. Yo se lo he capturado. Se lo he ofrecido junto con sus ojos que la contemplaban, junto con su lengua que hablaba mal de usted, y con su mano que la tocaba. Usted está en el centro. Le he devuelto el control.

»Señorita Brock, levántese. No se preocupe. Biffle dice que ahora está bien. Él no es celoso. Puede quedarse con nosotros. A él le gusta usted.

»No se preocupe más. Nosotros la protegeremos.